

(maneada)

MADRID

30 de noviembre de 1965

PEPE MARTIN, GRACIAS

Por Alfonso Paso

Opoco recuerdo yo de cuando estudié en la Facultad de Filosofía, o la Edad Media fué una época tremendamente popular. Aún no se ha hecho un estudio histórico sobre las épocas populares y las épocas ilustradas o intelectuales. Bien claro está que desde que M. Descartes dijo: "Pienso, luego existo", comenzó para el mundo una era intelectual, racionalista y pagada de su ciencia, de la que aún estamos viviendo y super-viviendo. El cristianismo, en cambio, que fué ante todo un formidable movimiento popular, marcó de popularismo toda su época y quitó al paganismo romano cierto aire científico e intelectual. No cabe la menor duda de que el Renacimiento es un resurgimiento del mundo intelectual más clásico. La Edad Media, la oscura y terrible Edad Media, es, ya lo he dicho, una época popular. La ciencia se oculta en los conventos y se convierte en sabiduría "frailera" (como le gustaba decir a Pío Baroja). La investigación, la filosofía, la física y la química incipientes corren por las cañadas, por los campos maduros de flores, para entrar silenciosas en las celdas de los agustinos, de los dominicos. La Edad Media, precisémoslo pues, es, sobre todo, un tiempo de cultura conventual. Y mientras lo que pudiéramos llamar el movimiento intelectual ha hecho profesión más allá de los atrios de San Agustín o Santo Domingo..., ¿qué pasa en el mundo? Pues sencillamente ocurre que el pueblo, lo popular, desborda todos los límites, rompe todas las fronteras y se instala como rey supremo de la vida medieval.

No es posible concebir la Edad Media sin la orgía de vino y carne, sin el arrepentimiento, sin la ira, la cólera, el miedo, la venganza. No es posible, pues, concebir la Edad Media sin la pasión. Y es precisamente la pasión lo que distingue lo popular de lo intelectual. Lo popular es un torrente. Lo popular es una criatura de Dios que gime y brinca y se duele, primeramente, y piensa después. Yo he reñido muchas batallas contra los que estiman que la Edad Media fué una época tétrica en que cualquier hijo de vecino hacía tan sólo lo que mandaban el alcalde, el obispo o el señor feudal. Tras los muros de las tabernas, en los bosques, en las plazas de las aldeas, que ni tal nombre merecen, el pueblo se divertía como no se ha divertido nunca, se desordenaba como jamás se ha desordenado. No sé por qué cuando mencionamos la Edad Media se nos ocurre pensar en un hábito, un toque de campana que anuncia la muerte y un cortejo de enlutados que entonan el "mea culpa". No vamos, naturalmente, a desmentir la visión que del medioevo tienen ilustres historiadores y técnicos de primera línea. En efecto, el pueblo vivía en la miseria generalmente, dominado por un maldito comendador o un señor de "capa blanca". El pueblo debía pagar tributos onerosos, entregar las mujeres a la codicia erótica de los amos. En efecto, en la Edad Media, sálvese quien pueda, hubo más idolatría que cristianismo, o se había hecho del cristianismo una religión llena de santo y seña, de consignas, esotérica, más plantada en el temor al castigo que en el amor a Dios y al prójimo. Pero no estoy seguro de que de esto tuviera la culpa el pueblo, sino--como diría luego un santo--los malos obispos. Lo admito: el pueblo estaba encadenado a la superstición, a la relación inmediata entre pecado y castigo. Diríamos que el hombre no era en el medioevo un ser para la salvación, sino un ser para el castigo. Pero piensa uno--y Dios me perdone--que se especulaba en aquellos tiempos demasiado con el infierno y demasiado poco se hablaba de la misericordia de Dios. Mas comendadores, caballeros de "capa blanca", "malos obispos", lúgubres sacristanes y locas beatas no eran el pueblo. El pueblo no fué a las Cruzadas. Las Cruzadas fué más un movimiento caballeresco, aristocrático, que popular. Simón Clavert dice: "Es posible que en primer término las Cruzadas arrastrasen a miles de fanáticos que se marcaban a fuego las cruces en pecho y brazos, pero estoy por asegurar que se trataba ante todo de un fenómeno propagandístico del

que era responsable en primer lugar la aristocracia". Toynbee afirma resueltamente: "Es cierto: la gleba fué a las Cruzadas. La arrastraron o se dejó arrastrar. Pero las Cruzadas es, ante todo, la proyección de la fuerza feudal aglutinada por el pensamiento religioso". Detrás de Ricardo Corazón de León, de Godofredo de Buillón, del Rey San Luis, más allá de los "malos obispos" y las falsas beatas allende las campanas doloridas, existía una vida, un frenesí como no podemos ni imaginar en este siglo y en estos tiempos. Un sueco, Hols Spranter, cuenta en su libro "Un día en la Edad Media" lo que debió de ser esta enorme eclosión popular más allá del mundo oficial del medioevo. Troteras, celestinas que compran y venden honras, maridos burlados que aguantan con resignación su desgracia o que ponen a la mujer dentro de un saco, la cuelgan de un balcón y le dan de palos "hasta que se le quita el habla". Labradores que acuden a las fiestas de la aldea cercana; cucañas, vino cuando no hay pan, y cuando hay pan, además, vino; amor encendido y pasional a través de las rejas con que el rigor paterno quiere poner a salvo la cándida delicadeza de las hijas. Corderos trinchados y bañados en sebo asándose a fuego lento en mitad de la plaza comunal. Posibilidades, todo un mundo extendido como la palma de la mano diciendo: "¡Aquí estoy!". Spranter cuenta: "Joseph acaba de vender su mula al viejo físico que quiere dejar París porque anda cerca la peste; pero antes de venderla le ha mirado bien los ojos y, lleno de lágrimas, ha comprobado que la mula apenas tiene dos leguas de vida. Mientras el físico se cae con la mula a las dos leguas, Joseph va con los dineros a buscar a la Remozona. La Remozona acepta las monedas y a cambio de ellas le proporciona entrevista con Beatriz. Cuando Joseph y Beatriz se han cogido de las manos, aparece una turba de encapuchados que vienen pidiendo dinero que ofrecer al maldito demonio para que huya de la ciudad, pues él es quien trajo al valle enfermedades y pobreza. Estos encapuchados no son unos filántropos, sino una partida de bandidos que, después de saquear a los dos enamorados, acude a la taberna del Caballo para agotar todas las existencias, apalea al tabernero y obligar a huir a su mujer y a sus hijas, que son honestas y no quieren tratos con bandidos. Beatriz se siente culpable del beso que le palpita en los labios. Beatriz pide consejo a un clérigo, pero cuando va en su busca, al clérigo lo han desordenado porque se llevaba los dineros de las limosnas".

A la luz de las antorchas, los cirios, las lámparas y candelas, nunca podremos imaginar cómo se divertía el pueblo en la Edad Media. Con qué fuerza imponía su gusto o su disgusto. Hasta qué punto los caballeros o los tiranos eran cosa aparte que no cuenta y que, en el fondo, no hace la Historia. Los poetas tenían buen cuidado de ser ante todo populares. Y así, Gonzalo de Berceo se preocupó de declarar: "Quiero fer una prosa en roman paladino, en el cual suele el pueblo hablar a su vecino". Y así, Juan Ruiz, que dicen que existió y que dicen que fué Arcipreste de un lugar llamado Hita, cuando quiso hacer poesía se "arrancó" por coplas y en sus coplas cantó a los vinos, se rió de las beatas, se burló de los señores y alabó a la mujer pequeña. Pues ya se sabe que el grano de pimienta es diminuto, pero tiene gran sabor. Y lo que aún se ignora es que la mujer en el medioevo era mucho más baja de estatura que en nuestros tiempos. Es raro, ¿verdad? Pues es así. La mujer ha crecido en estatura con el paso de los tiempos, según afirman antropólogos de la calidad de Brastig, Meyer y Green.

Pepe Martín. Pepe Martín Recuerda. Casi paisano, casi hermano mío. Granadino y melancólico, que son dos cosas parejas. Talento y sensibilidad. Tú sabes todo eso. Tú has dicho todo eso en una estupenda obra de teatro, en un texto formidable. Gracias.